

Sergio Vodanovich, Dramaturgo

Si se juzga de la personalidad de Sergio Vodanovich por las piezas teatrales que lleva producidas, podría aseverarse, que es un escritor ya maduro en la creación de personajes. El Teatro de Ensayo le estrenó ya en 1952 una pieza "El senador no es honorable", que recibió en seguida no pocos galardones, enteramente inusitados en un autor joven. Un buen comienzo. En años siguientes ha continuado incrementando sus obras, y ahora, cuando se produce el estreno de "Deja que los perros ladren", un cambio de frente se insinúa en el ágil escritor, a quien se deben estas escenas. Hace con él, en la nueva generación de dramaturgos chilenos, el escritor de ideas, el que no teme promover en el escenario conflictos intelectuales y morales, y no con el mero designio estético de que los seres se hagan frente y se contrasten, cual era el logro que aspiraba Oscar Wilde en sus obras, sino más bien para hacer participar al espectador en las peripecias insinuadas o diseñadas en forma abierta. Ibsen en el mundo nórdico y Echegaray en el de lengua española fueron, entre muchos otros, los dramaturgos que podrían oponerse a Wilde en este aspecto de la creación dramática.

Fuera de las muchas otras interpretaciones que ya se han dado de esta pieza, proclive a la discusión, o, por lo menos, al más ardiente comentario de sus excelencias y de sus fallas, nosotros vamos a sugerir como clave el cansancio. Los personajes de Vodanovich se cansan de la actitud espiritual dentro de la cual han vivido, y aspiran y se entregan a cambios violentos, en los cuales naturalmente se ven comprometidos en consecuencias graves.

El primer cambio en la disposición moral se produce en Esteban, quien se cansa de 30 años de limpia vida burocrática, de apego a la ley y de observación estricta y minuciosa de lo prevenido en los códigos y en los reglamentos, para coger la tentación que pasa. Se le coloca en situación de aceptar un gatuperio, y lo acepta. Pero lo más grave es que se deja, en seguida, tentar por otras de las trampas que se le tienden, y en dos años, dentro de la pieza misma, abandona la modesta pobreza del comienzo para disfrutar de la abundancia y hasta para asomarse al lujo... a condición de que se siga envileciendo. Y entonces se da en él el segundo cambio. También se cansa de la actitud proterva, y quiere recuperar la antigua limpieza. En los tramos finales de la representación, cuando se ha hecho luz en algunos de los problemas a que se han asomado estas criaturas, Esteban aspira de nuevo a la rectitud moral y cree que no va a estar solo en la cruzada que para ello habrá de emprender.

También vemos el cansancio en Cornejo, curioso espécimen de cinismo periodístico, a quien Vodanovich atribuye el más frío código de cálculo. Napoleón decía que todo hombre tiene su precio, más alto o más bajo; Cornejo, bonapartista sin saberlo, va más lejos todavía porque sabe exactamente la dosis de whisky que se hace necesaria aplicar a un hombre para torcer su virtud. Y cuando, dos años después, vuelve a la casa que ha envilecido, recuerda aquel whisky y pide que se le sirva un trago para pasar la pena que le da ver clausurado su diario y cegada, transitoriamente, la fuente de su renta. Ahora bien: este Cornejo, de quien nadie espera sino lo peor, en la parte final de la pieza declara aspirar también a la virtud y se pone de lado de Esteban en la cruzada que éste abre contra la corrupción ambiente. No es en instan-

te alguno personaje simpático ni menos amable, pero sirbe muy bien para poner a prueba algunos de los sentimientos de los demás seres de la escena.

En la mujer de Esteban el cambio es menos acusado, menos perceptible y por eso mismo seduce para el estudio. Resignada, adolorida con lo que ve, cuando el lujo entra en la casa y la disolución reemplaza a la austeridad antigua, no se rebela pero sí manifiesta que hay algo allí que a ella no le acomoda. Pero después le toca la hora de rebelarse. Ramiro, el ministro corrompido, venal y corruptor, osa decirle que lo que se trata no son cosas de mujeres, y entonces ella replica. Allí tenemos uno de los más bellos cuadros de la pieza de Vodanovich, con el cual acredita éste no sólo su talento de dramaturgo, sino también su ternura de hombre. Despreciar a la mujer, hacerla a un lado, relegarla en el fogón, junto a los platos, no es empresa digna del hombre evolucionado del siglo XX. Vodanovich lo siente así, y lo dice en el delicado pero brioso parlamento a que nos referimos.

Tal como en Esteban, en su hijo se dan los dos cambios sucesivos a que ya aludimos: pasa de la virtud a la disolución y vuelve a la austeridad en un trueque espiritual conducido con extrema sutileza. Pero antes ha tenido con su madre, cuando ésta quiere formar la madeja para tejerle un chaleco de abrigo, una dolorosa confesión, en la cual ha revelado algo que hasta ahora nos había permanecido oculto. Es verdad que suma veinte años, que vive entre magnates, que oífatea las emanaciones mefíticas del vicio, que se ha contagiado de lo peor que ofrece el mundo en materia de tentaciones y de halagos; pero cuando habla allí, junto a su madre, con términos entrecortados, bruscos, queda en claro que ha seguido siendo un niño. Ese nihilismo agresivo, esa repugnancia para todo, esa falta de fe, no se dan a los veinte años sino antes, ya que componen el cortejo de la adolescencia, como edad crucial de la aventura humana. Es cierto que hay sujetos embalsamados en aquella actitud, los cuales, siguen, hasta de viejos, proclamando que en nada creen y que, por lo tanto, debe ser destruido todo. Pero de que sigan diciendo puerilidades lo único que se desprende es que su mentalidad pueril no se ha enriquecido con las experiencias de la vida.

Este cansancio de la actitud regular y normal, que impulsa a buscar en un cambio de postura psicológica la solución a problemas acumulados a lo largo de lustros, ha sido reflejado en la obra de Vodanovich con brillo seductor. Todos los personajes logran manifestar caracteres acusados, relevantes. Se yerguen a modo de montañas en el llano, y por eso mismo, son capaces de simbolizar los rasgos psicológicos de los hombres dispersos en el subsuelo de la humanidad. La codicia se venga de la cotidiana renunciación; el vicio doblega a la virtud; las leyes admiten subterfugios; el venal triunfa y asciende; el poderoso siempre quiere más poder, y se irrita si alguien le hace resistencia. Tal es una cara de la medalla. La otra es que existe sobre el hombre una presión moral que le lleva a proceder bien aún a sabiendas de que en ese camino estará solo, olvidado de los amigos, befado de unos e incomprendido de otros. Y ese hombre no hallará jamás la paz de la conciencia mientras no venza el respeto humano, y se una a la falange, reducida pero excelsa, de los que prefieren la cicuta a la mentira y la cruz a la negación.

Raúl Silva Castro